



¡HAY QUE JODER, LA MARRANA;

Me fui al piso donde había quedado, por teléfono de locutorio, para echar un casquete con una tía que se anuncia en Gente como “muy cariñosa, cachonda, juguetona; que me haría todos los servicios;

besitos, caricias, penetración hasta que llegue la punta de mi capullo a tocar la campanilla de su garganta”.

Alegre y erecto me acerqué al edificio donde iba a mojar con la más de cien veces violada. Los chicos de mi pueblo saben bien esto, porque suelen aprenderse las calles donde hay pisos de citas para ir a que se coman su fruto estas dignas putas de coños verbeneros, en días de fiestas.

Llegué a la hora acordada, pulsé el timbre del cuarto “C”: se abrió la puerta, y subí en ascensor. La puerta del piso estaba medio abierta, para que yo no llamara al timbre y así no les echaran en cara los vecinos a estas mujeres del amor el hacer ruido de pajas con final feliz o penetración.

Casi sin entrar, escuché una voz callada que me ordenaba:

-Chico, cierra la puerta, y entra a la primera habitación a la derecha, que tengo, para ti, el higo en mi higuera.

Nada más entrar, quedé maravillado: Sobre una cama desabanada, una especie de carnal y voluminosa estrella de mar, morenaza cual terruño de las tierras del Cid, me esperaba. ¡En la entrepierna tenía un florero de pelos largos y negros, con restos de espermas recién eyaculados;

Como ella me encontró un poco azorado y abobado, me dijo:

-Coge la lanza necio, y métemela. Supongo que sabrás por dónde.

Yo le respondí:

-Sí, ya sé dónde están tu truco y el real. Pero es que he cambiado de deseo, y quiero con el pelo de tu coño hacerme un sombrero. Te voy a dar los sesenta euros, maja, pero me tienes que dejar cortarte ese pelazo negro con esta tijerita que llevo en mi navaja pequeña, enseñándosela.

Ella, contenta conmigo, asintió, y me dijo:

-Bien, vale. Corta, pero corta hasta donde no se vea lo que queda escondido, que otros se lo tomarán.

Me sirvió su coño con sus dos manos como en bandeja y comencé a cortar ahí como aquí, y aquí como aquí. En lo más alto de su Coño, bajo el Monte de Venus, me encontré con su clítoris, lo que me hizo

apretar los dientes. Un clítoris que para sí hubiera querido la reina puta de don Alfonso, que conquistó Toledo.

Sin embargo, para mí, no era más que un trozo de tocino de los buenos, como ese que me echaba en los garbanzos la abuela, “que era de un cerdo mozárabe chamuscado al fuego antes de su matanza”, como ella decía.

Yo le cortaba el pelo, se lo recortaba, hasta que ella me dijo por dos veces:

-Basta ya, y vete, que me dejas sin matojo.

-Por las pintas, sé que eres funcionario, pero te podrías meter a barbero.

Contento con todo este pelo en mis manos, salí del piso, bajé las escaleras a paso callado, perdiéndome en la calle, donde brillaba un color amarillo desesperación.

-Daniel de Culla

-

-